

¿Qué queremos que sea la Historia Reciente?

Intervención de Roberto Pittaluga

Hace varios años ya que nos preguntamos por aquello que se alberga bajo la noción de “historia reciente” o “historia del tiempo presente”, aun cuando los estudios e investigaciones que en la Argentina comenzaban a ponerse bajo esta, digamos, etiqueta tomaran como objeto un arco temporal más o menos preciso y una serie de temas más o menos delimitados. Podría decirse que, en principio, en estas latitudes, el nombre estuvo al servicio de una defensa de esas investigaciones cuando eran cuestionadas por su falta de distancia (cronológica), su apelación crucial a los testimonios y las memorias y su permeabilidad a las pasiones de “un pasado todavía vivo”. Ya estas objeciones, rebatidas con distintos argumentos sobre los que no voy a detenerme aquí, sirven para pensar algo de lo que la historia reciente puso en liza, en tanto problemáticas activas de la historiografía pero elididas en sus formulaciones académicas y que, resumidamente, podríamos designar bajo los siguientes títulos: el tiempo (lo impensado de la historia, como decía de Certeau), las subjetividades (las de los investigadores y su relación con la materia de estudio, pero más aún las fronteras de las posiciones de sujeto legitimadas para escribir historia) y la política (ese fantasma que permanentemente quiere ser puesto a raya por el discurso científico, como si éste pudiera ubicarse en algún punto de exterioridad respecto de los conflictos que atraviesan la sociedad y las condiciones sociales de producción del saber). Por supuesto, estas problemáticas son constitutivas de toda historia, de modo que no podrían definir la especificidad de la historia reciente; a lo sumo, ésta podría ser considerada el síntoma de lo reprimido en la profesionalización de la historiografía.

Aunque pueda ser así pensada, en relación al campo disciplinar constituido, las dificultades persisten. Por un lado, porque a pesar de las prohibiciones (y con ello me refiero al período que se abre con la profesionalización del campo), siempre hubo historia del tiempo presente o historia reciente.

Koselleck señalaba que tras la aparente simpleza del concepto historia del tiempo presente había obstáculos crecientes, empezando por la misma definición de “tiempo presente”, que buscaba precisar por medio de la temporalización de las mismas dimensiones del tiempo, lo que lo llevaba a concluir que el “tiempo presente” está también habitado por pasados y futuros de ese mismo presente, y aun por pasados y futuros de otros presentes ya pasados. Ambigüedad léxica de la historia del tiempo presente o reciente que se moviliza en torno a la imposibilidad sincrónica de ese tiempo presente o pasado reciente que se pretende sea el objeto de una historiografía, de una escritura, pero que socava la pretendida eucronía de quienes escribimos —como ahora se admite— desde el presente. Por lo demás, estas observaciones impiden considerar a esta historiografía como expresión de una nueva periodización, una suerte de novísima historia contemporánea (al modo en que esta última se constituyó a impulso de la temporalidad acelerada de la modernidad).

Tampoco parece haber acuerdo entre quienes ven en la actualidad un cambio en la temporalidad histórica, la cual daría lugar al surgimiento de la historia reciente. ¿Vivimos bajo un “régimen de historicidad presentista”, como afirma François Hartog? ¿O más que el dominio del presente, lo que hegemoniza la escena es el pasaje de los futuros presentes a los pretéritos presentes, que muchos autores creen descubrir en el auge memorialista y aun en las modalidades reificadas y mercantilizadas de lo memorial? Sin embargo, en ambos enfoques subsiste una temporalidad de extremada aceleración que no parecería implicar un cambio de la temporalidad sino, en todo caso, distintas formas para su tramitación social. Como se ve, ni siquiera hay acuerdo sobre si vivimos en una nueva temporalidad histórica, y si así fuera, sobre cuál sería su carácter. Menos todavía sobre las relaciones que ello tendría con una historiografía que se ocupa del “pasado reciente”.

Por lo demás, basta observar la producción historiográfica sobre ese, digamos, “pasado reciente” para percibir que se trata de un espacio que dista de ser homogéneo o regirse por patrones comunes de producción de saber. No se trata sólo de querellas en torno a las interpretaciones, sino que las mismas

formas de indagación se vertebran sobre fundamentos epistémicos antagonistas. Por ejemplo en las disímiles formas de tratar el testimonio, desde quienes hacen del mismo una instancia decisiva del esfuerzo comprensivo —trabajando las derivas significativas de esos enunciados, con su carga de temporalidades múltiples— hasta quienes meramente los adosan de modo ilustrativo a lecturas fundadas en documentos escritos o los someten a los parámetros de “verificación de su veracidad”.

Por eso me inclinaré por un desplazamiento de la pregunta: ya no “qué es la historia reciente” sino “qué queremos que sea”. La historia reciente como una oportunidad de reformulación de la perspectiva epistemo-crítica y política de la historiografía en general. Dos o tres aspectos (o algo así) en esta línea de intervención.

Cuando se objetaba el lugar eminente de lo testimonial, de los ejercicios de memoria, en la trama misma de la historia reciente, ¿qué es lo que se cuestionaba?

La convivencia de la historia reciente (de cierta historiografía, digamos) con las producciones de saberes originados en testimonios y memorias sociales, conlleva, por un lado, un careo con construcciones de sentido sobre lo pasado que escapan al control epistémico de las instituciones académicas, y cuyas verdades no puede escrutarse en función de dichas reglas (sería como aplicarle las proposiciones de la física clásica al microcosmos de la cuántica). Una contigüidad —la de historiografía del pasado reciente y la de los ejercicios de memoria— que permitió abordar la relación entre ambas al modo en que Raphael Samuel pensó sus *Teatros de la memoria* —ese “saber extraoficial” como lo llamaba— gestado en espacios sociales de construcción de sentido y de aperturas de diversos pasados que exceden el saber esotérico que, decía el historiador inglés, caracterizaba la historiografía profesional, a la vez que quebraba la ilusión autorreferente por la cual la historia, su escritura, comenzaría cuando el investigador se sienta frente a su escritorio. Reposicionamiento y puesta en cuestión de los sujetos historiadores y sus paradigmas de investigación, que obligan a la institución historiadora (esa que De Certeau decía que escribía para sí misma) a una escritura dialógica e hibridada con la escritura de la memoria (y por lo tanto a una redefinición de lo que en la tradición historiográfica se denomina “fuente”).

Por otro lado, la ilusión eucrónica a que daban lugar expresiones como

historia contemporánea (en su sentido tradicional y dominante) o a que pueden dar lugar otras como “historia del presente”, “historia del tiempo presente” o “historia reciente” puede ser desbaratada por la imposibilidad sincrónica de eso que se llama presente; de ese modo, esa historiografía puede intervenir (aunque no siempre lo sepa) desnaturalizando la temporalidad lineal y homogénea en la que se sostiene la historiografía. Pero no se trata sólo de esa dificultad de la sincronía que Koselleck descubría cuando temporalizaba las dimensiones del tiempo, sino de la interpelación constante que la historia reciente recibe de las formulaciones anacrónicas, discontinuas y fulgurantes propias de lo memorial. Al cuestionar la imbricación entre memoria e historia que, en ciertos casos, se daba en la historia reciente, la historiografía hegemónica reaccionaba en defensa de sus propios presupuestos (impensados): una concepción del tiempo, la propia de la cronología. La memoria subvierte la secuencia temporal e impide su cierre de sentido en función de su ubicación en un proceso histórico. En su ejercicio crítico del *continuum*, el recuerdo, decía Walter Benjamin, modifica, de algún modo, el pasado, transformando lo incumplido en cumplido y lo cumplido en incumplido. A lo que Giorgio Agamben agrega que si el recuerdo es en este sentido la fuerza que restituye posibilidad a lo que ha sido (y sin embargo lo confirma como pasado), el olvido es lo que incesantemente le sustrae esa posibilidad, aunque a su manera custodia su presencia. Por eso, privar a la historia de su dimensión rememorativa es desarmarla de esa capacidad de escucha por la cual ese secreto índice de las voces enmudecidas del pasado puede ser recuperado por un presente determinado. Aunque es preciso decir que ese presente es un tiempo desdoblado: si es que se pretende dar lugar a una historia crítica (en el sentido fuerte del término) es preciso un distanciamiento del propio presente para atender en él a lo que tiene de pasado ocluido.

Las dificultades para definir el presente o lo reciente no provienen de algún aspecto cronológico (del tipo que problematiza los lugares de las continuidades y las discontinuidades, y sus superposiciones). Proviene de esas potencias evocativas y rememorativas, que desdibujan la unicidad temporal de cualquier fenómeno. Y ellas se verifican en el espesor de todo fenómeno cultural. Lo sabemos bien los que hacemos historia reciente cuando nos enfrentamos con las hipótesis de las fronteras, de los límites, de los comienzos y finales, pues tratamos con sucesos que evocan, traen a presencia, pasados

remotos que saltan todos esos límites que se verifican provisorios, inestables y muchas veces obturantes.

Una perspectiva, entonces, que atienda a la multitemporalidad, a "la multiplicidad de las líneas de temporalidades, de los sentidos mismos de tiempos en un *mismo* tiempo [que] es la condición del hacer histórico", como sostiene Jacques Rancière. Discontinuidad y multitemporalidad. Un ejemplo: en la tradición oral es imposible distinguir entre original y copia, entre creación y *performance*: así como cada cuento narrado (como bien apuntaba Benjamin) o canción versionada es una hibridación entre origen y copia, entre original y repetición, cada cuento y cada canción son contemporáneos y arcaicos a la vez, y en este sentido contienen la *arjé* (están próximos al *origen*), son hibridación de sincronía y diacronía, objetos multitemporales (cada cual es uno y a la vez múltiple); y lo mismo podría decirse de otros "objetos" como la fotografía y más en general de la imagen, o la literatura. La tradición oral es un universo fecundo en la exposición de esta multitemporalidad de cada acto histórico, a condición de entender el origen no sólo como comienzo sino como la permanencia de una fuerza operante en la historia, que es como Agamben lee la "institución indoeuropea" en la obra de Benveniste (algo que se supone acontecido pero que no puede ser hipostasiado en un hecho de la cronología). Es esta convivencia de tiempos distintos en el mismo tiempo la que permitió a los autores del ciclo *Tras las huellas de un siglo* —emitido en la TV Pública durante el año del Bicentenario— intercalar, en el programa referido a la semana trágica de 1919, escenas de aquellas jornadas callejeras con las del Cordobazo y las de diciembre de 2001, en un montaje de tiempos que reproduce los mecanismos memoriales.

Una historiografía de la discontinuidad no está exenta del riesgo teleológico, dando lugar a una historiografía que Slavoj Žižek denomina como la de la discontinuidad stalinista, pues en ésta, a pesar de los saltos temporales, se mantiene inalterada la idea de progreso, por lo que las luchas de los oprimidos del pasado anuncian y se acumulan en las de los del presente, hasta la victoria final. Contrariamente (y esto se relaciona con la discusión del primer día de estas jornadas, en relación al tema de los llamados "futuros posibles") pienso que no se trata de contraponer una historia con lo que ella "debería haber sido", ni tampoco con lo que "habría podido ser", esas "otra historias" clausuradas por ciertos acontecimientos de la coyuntura, pues en ese caso, con

ciertas diferencias, se mantendría intocado el criterio temporal que estructura la narrativa histórica, por el cual aquel “habría podido” —esa *chance*, esa contingencia— pertenece al pensamiento de la necesidad histórica, y pierde así su carácter de apertura de la historia. Porque desde ese ángulo, las tentativas a contracorriente que “habrían podido ser” permanecen adheridas a la historia como *una*, es decir, a la Historia. En otra dirección, pienso que deberíamos, como un poco toscamente trato de exponer aquí, intentar desnaturalizar la idea de la unicidad del tiempo. Intentar una aproximación a la multiplicidad de la historia, a la potencia de un instante, a una posibilidad no escrita pero marcada. Leer la significación de esas marcas —y su larvado contrapunto con la historia sabida— es devolverle a ese pasado olvidado (es decir, tachado, borrado, obliterado) su actualidad, para pensarlo abierto.

Para un régimen historiográfico tal —y nuevamente recorro a Agamben— un trabajo de carácter analógico parecería ser más productivo, pues se orientaría a producir inteligibilidad histórica. La analogía —Agamben sigue en esto a Enzo Melandri— constituye una instancia alternativa a las dicotomías del pensamiento occidental entre lo particular y lo universal, al proponer una relación entre singulares sin su composición en una síntesis, sino al resguardo de su vínculo como espacio de fuerzas recorrido por tensiones polares. De este modo, la semana trágica no es el “antecedente” del Cordobazo, sino que el examen de este último en su ejemplaridad (como paradigma) permite formular inteligibilidades históricas sobre aquellos otros pasados (y presentes) sin recaer en una orientación teleológica o evolucionista. Del mismo modo, posibilita hacer de eventos como la shoá o el terrorismo de estado en la Argentina, paradigmas de inteligibilidad de otras masacres sin por ello dejar de atender a sus especificidades y sin buscar algo como un patrón general y único para la comprensión histórica. Pero una historiografía así orientada requeriría también de un régimen escriturario de la discontinuidad.

Para finalizar y no extenderme en el tiempo acordado, lo digo telegráficamente: la historia reciente (o al menos una porción de la producción historiográfica que tomó esa denominación en Argentina), por sus modos de indagación, por sus hibridaciones con los ejercicios de memoria, es una oportunidad para reformular la historiografía hacia una que trabaje (entre otros aspectos)

sobre la discontinuidad, la multitemporalidad, la inmersión rememorativa, la redefinición del sujeto cognoscente y una escritura paradigmática (y por ello también discontinua).